

pendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso: á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres pies de ancho casi, que baja no sé á donde, acaso á un precipicio: pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallara junto á aquella abertura, cerraría los ojos y me dejaría resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta pies distante de mí, y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado. Hago el último esfuerzo, reúno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á donde conduce me siento en el declive, y sin otra oración que estas palabras: «¡Dios mío, tened piedad de mí!» cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo así por algunos segundos: de repente se deja sentir una impresión helada, y al mismo tiempo se detienen mis pies en un cuerpo sólido; abro los ojos: me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximación de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repetirse el mugido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los pies, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raíces, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, después me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna parálitica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuantos minutos fui rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la orilla del torrente. Experimenté una indefinible sensación de malestar. Sin embargo, me puse de pie. Durante mi desmayo una bocanada de viento había disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la estremidad de los peñascos, y más allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podía creer, mi corazón recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince pies casi: en cualesquiera otra

circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado más que un salto, la nieve era un lecho estendido allí para recibirme; pero en aquel momento no podía determinar á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el náfrago.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y después de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada que me sirviese de trípode. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi bastón ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve: de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos. Llegado á los matorrales, me levanté, anduve algún tiempo á través de barrancos y de rocas, y de cuevas áridas ó cubiertas de musgo. Después, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hacía las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al joven oficial que había pasado por allí mismo para ir á hacer experimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos había sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los hube perdido de vista bajé por mi lado hacia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenía los ojos estraviados, y su esclerótica amarilla; el pelo, las cejas, y las pestañas se habían quemado; tenía los labios negros como el carbon: además de esto, sentía un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalón; me había tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una anchura y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podría dormir, pero apenas había cerrado los ojos, se apoderaron de mi imaginación ensueños más aterradores todavía que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedía á los ensueños, creí que me volvía loco: tenía fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensajero que había enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban de vuelta, habían encontrado á Gobat; estaba

muerto; por consiguiente habían vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al día siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se había llamado para mí hizo la inspección y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenía quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenían un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la estremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban más bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazón ingurgitado, sangre negra, así como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

Mi estado por entonces no era mucho mejor: ocho días enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente parálitico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aquí, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.

EL PORQUE NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relación de mi joven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que había tomado al pasar por su boca: desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relación, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destrucción; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ajax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad:—yo escaparé á pesar de los dioses, es más magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Hector al derredor de los muros de Troya.

Al día siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Bachwalder, cuyo mayor dolor era la inacción á que le

condenaba su herida. Sin embargo, tenía gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada día sentía más sensibilidad en ella: quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños; pero llegados allí nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad espresamente de pasar de allí, y como la gran facilidad de locomoción que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase: *Y pede fausto*.

Después de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil pies, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cúspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte había una especie de trampa, y mientras inquiríamos el fin con que se había hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecía como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que desdoblándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del río, vimos al llegar al río, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construcción cualquiera. El árbol se enclavó recto en el río, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el transporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplía concienzudamente merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos había asombrado, no nos ofrecía gran variación, tomamos pronto un camino opuesto al que habíamos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi después nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que según dicen perteneció al convento de Pefeffers; atravesamos una montañita, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no vi cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se ha visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carruaje; al principio me alarmé viendo que no cabían en él más que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iría sentado en las varas: preguntéle cuanto

queria por el resfriado que iba á tomar infaliblemente, fijó el precio de cinco francos que pagué adelantados; tan seguro estaba de que el conductor ganaba bien su dinero.

No me engañé: tuvimos tan mal tiempo, que al pasar por Mayenfeld no tuve valor de visitar la gruta de Flesch, notable por sus estalactitas: pasando por San Luciano de Steick vimos la fortaleza que por aquella parte pone la Suiza al abrigo de un golpe de mano del Austria, que en aquella época habia manifestado algunas veleidades hostiles contra la república. Provisionalmente se habian montado seis cañones, que á todo evento tenian sus bocas en direccion al imperio, si bien los hacia menos formidables el no haber quien los custodiase, pues es verdad que se guardaban ellos solos. Diez minutos despues entramos en el principado de Lichtenstein.

Tenia muchas ganas de llegar cuanto antes al lago de Constanza, pero me vi obligado á parar en Vaduz porque llovía á torrentes, y el conductor y su caballo rehusaron dar un paso mas, á pretexto el caballo de que el lodo le llegaba al vientre, y el hombre de que estaba calado hasta los huesos, y hubiera sido una crueldad insistir.

Toda mi filantropía se necesitó para resolverme á entrar en la miserable venta en que se habia detenido mi carruage; no era ya una de aquellas hermosas casas de campo que no tienen de mal sino el ser tan frecuente y pésimamente parodiadas en nuestros jardines ingleses. Desde San Luciano de Steick habiamos salido ya de la república helvética; hallándonos en el pequeño principado de Lichtenstein, que aunque se envanece de ser libre, revela desde luego que es austriaco, por el desaseo de sus habitantes.

Apenas habia puesto el pie en el estrecho callejon que conducia á la cocina, que al mismo tiempo era la sala de descanso de los viajeros, cuando se me agarró ágríamente á la garganta el desagradable olor de la berza ácida, que me venia á anunciar de antemano la lista de una fonda cual habia de ser la comida. Yo diré de la berza lo que cierto cura de las calabazas: que si en la tierra no hubiese mas que berzas y yo, pronto dejaría de existir el mundo.

Comencé á pasar en revista todo mi repertorio tudesco aplicándolo á la comida de la venta, y no fué precancion inútil, pues apenas acababa de sentarme á una mesa, en la que me cedieron un sitio dos carreteros, cuando me trajeron un plato lleno del consabido manjar, que felizmente preparado para semejante broma, rechacé con un *nicht gut*, tan netamente dicho, que debieron tomarme por un purísimo sajón, y todo el mundo sabe que los sajones son los que hablan con mas pureza el alemán.

Un alemán cree no haber oido bien, cuando se le dice que no gustan las berzas, y

cuando se los desprecia en su propio idioma este manjar nacional, para valerme de una expresion familiar á su lengua, se levantan de cólera como una montaña.

Así, pues, á mi repulsa siguió un corto silencio cual si hubiese echado una horrenda blasfemia, durante el cual, coordinando la ventera sus ideas trastornadas, pronunció en voz alterada algunas frases que no pude entender y que por la fisonomía con que las acompañaba tenian evidentemente este sentido.

—Entonces, sino os gustan las berzas, ¿qué es lo que os gusta?

—*Alles, dises ausgenommen*, respondi yo, lo que quiere decir para los que no son muy fuertes en philología—todo, excepto eso.

Parece que el disgusto habia producido sobre mí el mismo efecto que la indignacion sobre Juvenal, solo que en vez de inspirarme el verso, me habia inspirado el tono, lo que conocí, en lo sumisa y pronto que la ventera quitó de mi vista el plato.

Marchóse atónita la buena muger, y mientras volvía me divertí en hacer bolitas de pan que probaba y me supo á piedras de chispa, y un vino detestable que decian era del Rhin, pensando cual seria el segundo plato; mas viendo que tardaba la llamé:

—¡Vamos! dije:

—¿Y qué? me respondió la ventera.

—¡La cena!

—¡Ah! si,—y me volvió á traer la berza.

Pensé yo que hasta el día del juicio final me persiguiría con aquel plato si no se lo comía, llamé á un perro de los de la raza del monte de San Bernardo, que sentado sobre sus cuartos traseros, estaba junto al hogar y se lo di, de que se mostró muy satisfecho haciéndome muchas caricias.

—¿Y vos? me dijo la ventera.

—Yo comeré otra cosa.

—Pero yo no tengo otra cosa.

—¿Cómo! exclamé yo desde lo mas profundo de mi estómago. ¿No teneis huevos?

—No.

—¿Ni chuletas?

—No.

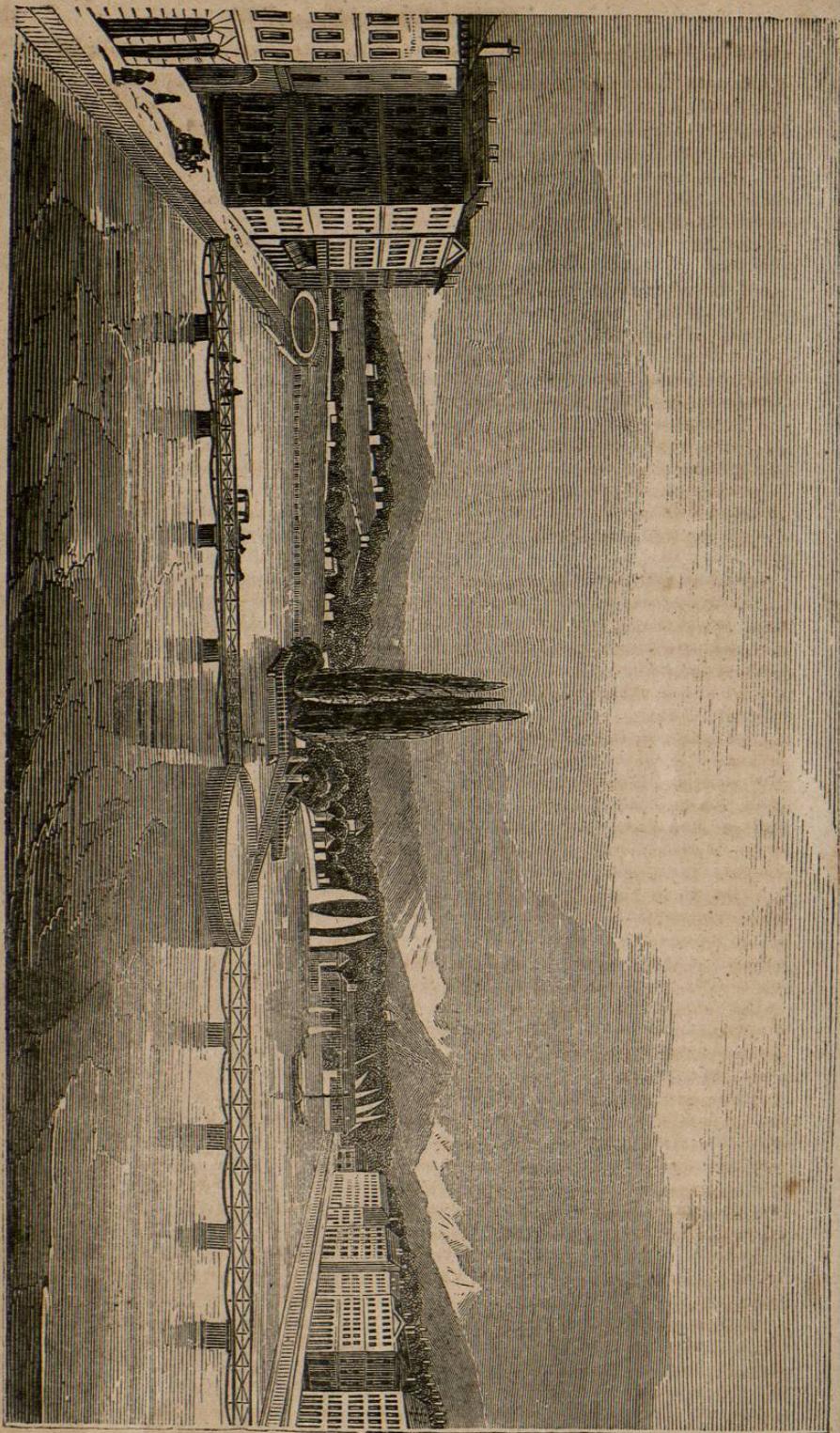
—¿Ni patatas?

—No.

—Ni.... ocurrióme una idea luminosa; recordé que me habian recomendado que no pasase por el principado de Lichtenstein, sin comer de sus setas, que son celebradas á veinte leguas á la redonda; pero cuando quise utilizar esta feliz idea, no me acordé de cómo se llamaban ni en alemán ni en italiano, y me quedé con la boca abierta: no queriendo acostarme sin cenar diciendo solo el pronombre los.... las...

—¿Eso cómo se llama en alemán, los.... las?.... respondió la ventera maquinalmente.

—Si, ¡voto á tal! si, los.... las.... En aquel momento volví los ojos maquinalmente á mi album de viage. Tomé entonces mi lapicero,



Ginebra.

y sobre una hermosa hoja blanca me puse á dibujar del mejor modo que pude el precioso vegetal, que por el momento formaba todo el objeto de mis deseos, así es que mi dibujo tenía toda la semejanza con que la mano del hombre puede representar una obra de Dios. Mientras dibujaba, la huésped me seguía con los ojos con una inteligente curiosidad, de lo que saqué el mejor agüero.

Al acabar de dar el último toque con el lapiz al dibujo:

—¡Ah! ya, ya, ya, dijo.

La buena muger había comprendido. Lo había comprendido tan bien, que cinco minutos despues volvió con un paraguas abierto.

—Tomad, me dijo.

Clavé la vista sobre mi malhadado dibujo, era perfecta su semejanza con el paraguas.

—Entonces exclamé vencido como Turno, *adverse Marte*, volvedme á traer las berzas.

—Ya no hay mas. Dragon se ha comido las que quedaban.

Mojé mi pan con vino, me fui á acostar.

Antes de dormirme miré mi mapa; me sugirió una idea singular. Recomendé á mi guía que me despertase á las tres de la mañana para tener tiempo de ejecutarla. Salimos, pues, antes de amanecer, el sol no nos cogió sino en Austria.

Me detuve un momento sobre el puente de Felkrich á fin de echar un vistazo al Tirol, cuyas montañas azuladas se abren para dar paso al Ill, río tortuoso que toma su origen en el valle de Paznaun, y va á reunirse con el Rhin entre Oberied y Renti: despues continué mi correría conservando á mi izquierda el Rhin, y viendo nacer y enriquecerse sobre su orilla occidental aquellas magníficas laderas cubiertas de viñas, cuyo vino chispea en botellas de extraordinaria hechura, y se vacía en vasos de cristal azul, que se llaman *Remer*, porque han conservado la forma de la copa en que bebía el emperador romano el día de su elección. Despues desde Defis iba siendo el terreno mas llano; las montañas se abrían á derecha á izquierda, como por medio de un puente; todavía no se divisaba el lago de Constanza; empero se le adivinaba al ver desarrollarse aquel inmenso valle que iba á perderse sobre un horizonte de llanuras. En Lauterac únicamente principiamos á divisar aquella magnífica sábana de agua, que parece una parte del cielo, cuyo marco es la tierra, para servir de espejo á Dios. Al fin llegamos á Bregenz donde me desayuné.

A pesar de mi cena de papagayo en la noche anterior, despaché tan militarmente como pude mi comida. Despues, dejando á mi hombre y su carruaje, dije adios al Austria y me metí en un barco que me llevó á la pequeña isla de Lindeau, en Baviera. Hizoseme cargo de conciencia no tocar en ella, trepé á una colina, desde cuya cumbre descubrí como el Robinson la isla entera, y volviendo á embarcarme

á fuerza de remos logré llegar á aquella lengua de tierra wurtemberguesa, que adelgazándose entre dos ríos, va á lamer las aguas del lago; en fin, tomando un carruaje en Obernoorf, no me detuve sino para cenar en Moesburgo en el gran ducado de Baden.

Había salido por la mañana de un principado libre, había atravesado una república, tocado un imperio, almorzado en un reino y al fin había venido á dormir en un gran ducado, todo esto en el espacio de diez y ocho horas.

Al día siguiente llegué á Constanza.

CONSTANZA.

Largo tiempo hacia que este nombre resonaba en mi oído melodiosamente, y largo tiempo hacia que cuando pensaba en esta ciudad, cerraba los ojos y la veía en mi imaginación. Cosas y lugares hay de los cuales uno se forma anticipadamente una idea fija, segun es mas ó menos sonoro el nombre que llevan. Entonces, si es una muger, la veis pasar en vuestros sueños esbelta, graciosa, aérea, con cabellos flotantes y vestidos diáfanos, la hablais y su voz es consoladora: si es una ciudad, veis en el horizonte amontonarse un gran número de casas de arquitectura afligranada, palacios de ligeras columnatas y catedrales de atrevidos campanarios; caminais hácia la obra fantástica, llegais á sus murallas, entráis en sus calles, visitais sus monumentos, os sentais sobre sus sepulcros, sentís circular aquella poblacion que es la sangre de sus venas, y oís aquel gran murmullo que es el latido de su corazón. A fuerza de ver así en vuestro sueño, virgen y ciudad acaban por ser realidad en vuestra imaginación. Sale un día el viagero de su país natal, los hombres que os estrechan la mano, la muger que os abraza contra su corazón, para ir á ver á Constanza ó la Guaccioli, por todo el camino llevais radiante la frente, canta vuestra alma y estais alegre en una fiesta; al fin llegais delante de vuestra diosa, entráis en vuestra ciudad; una voz os dice:—¡Ahí la teneis.—¿Pero donde está? respondeis todo asombrado.

Es que cada hombre tiene doble vista, los ojos del cuerpo y los ojos del alma; la imaginación, hija de Dios, va siempre mas allá de la realidad, que es hija de la tierra.

Por fin, forzoso me fué el creer que me hallaba en Constanza: por otra parte, allí estaba el hermoso lago trasparente y tranquilo en que la ciudad se mira: allí estaban á su derecha sus montañas sembradas de castillos, y

sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecia á mi vista tan estensa y magnífica cual la habia visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre habia desaparecido como si la vara de un malévolo encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basilica en donde fué elegido papa Martin V y que me enseñasen el palacio donde tuvo su corte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basilica y aquello era el palacio.

En la iglesia habia un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estatuas que representan á San Conrado y á San Píldes; cada uno de estos santos tiene un armario abierto en el pecho, donde encierra el sacristan sus propias reliquias: en fin, me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413, dos sillones que pondria en un rincon cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fé á maese Fos Kastell, el Ciceron de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavia:

A aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.

En frente, y sobre un estremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Gerónimo de Praga su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Ademas y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos principes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, segun cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la corte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al gefe de la cristiandad; un doctor tan audaz hacia presentir la separacion que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia.... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitacion de ir á Constanza para que se justificase de su heregia ante el concilio, y no rehusó obedecer; pero pidió un salvoconducto y ésta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instru-

mentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era ademas aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aqui la carta:

«Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los principes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, gefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demas funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus prepositos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren:

«Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles:

«El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos dias próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra proteccion y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular, encargándoos lo acojais benévolamente y trateis favorablemente al espresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y proteccion de buena voluntad en cuanto puedan serle útil para favorecer su viaje tanto por tierra cuanto por agua.

«Ademas, tambien es nuestra voluntad que le dejéis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, así á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demas efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailio, jurisdiccion, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peages, tributos ni contribucion alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

«Todo esto en honor de nuestra magestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano.»

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el dia 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415 y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimidado por última vez á que abjurase de su doctrina respondió que prefería morir á ser perjuro con

su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí.» En fin cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir. «Entrengo mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador.»

Siguió á esta ejecucion la de Gerónimo de Praga su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el dia 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Gerónimo le dijo: «Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aquí á estas horas.»

Dos meses despues de esta ejecucion murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

«¿Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella corte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martin, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vagilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

«¿Adivinais cuál seria y cuán grande la desolacion de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salia fiador de las deudas de todo el mundo.

«Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fiase al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederias, de damascos y terciopelos, de alfombras, cortinas y cogines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocia hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oír hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M.

proceder á la venta, en atencion y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 417 años que se hizo esta notificacion.

NAPOLEON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstendremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos.—Así, muy bien.—Veis á un hombre, ¿no es verdad? y le reconocéis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechón de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apretados, que encierran dos hileras de perlas que envanecerian á una muger; ¡qué calma!—Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del leon.—Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcan los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es mas que César, es tanto como Cárlo-Magno.—Es Napoleon el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Despues de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul, y pantalon ceniciento y calza botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza